

los IV, y que encierra por sí sólo riquezas bastantes para edificar otro palacio, sin que perdiera la noble primacía de que está orgulloso por encima de todos los gabinetes destinados al mismo uso. Más allá de este palacio, y rodeados de bosques, se encuentran viñedos, olivares, plantaciones de árboles frutales y alegres praderas. Es un verdadero oasis rodeado de un desierto, que Felipe II escogió un día de buen humor para dulcificar con una imagen alegre la negra melancolía del Escorial. Al volver del palacio, pensé en los espléndidos cortejos de damas y caballeros que siguieran el paso de jóvenes y alegres monarcas y de reinas caprichosas y sin freno, arrullados por los cantos de amor y los himnos que celebraban la grandeza y la gloria de España invencible y repetía con el poeta de Recanati: "...*Todo es paz y silencio, pero ninguno habla más de ellos...*"

Y, mirando ciertos bancos de mármol medio escondidos bajo el ramaje, pensando en aquellas reinas, en aquellos amores, no pude contener un suspiro, y cierta amargura se apoderó de mi corazón. Me preguntaba, como el pobre Adán en el poema *El Diablo mundo*: "¿Cómo son hechas esas damas?—¿Cómo viven?—¿Qué hacen?—¿Hablan, aman, juegan acaso como nosotros?"... y salí para Toledo, soñando en el amor de una reina, como un joven aventurero de las *Mil y una noches*.



TOLEDO

CUANDO nos acercamos á una ciudad desconocida, sería preciso llevar al lado alguien que ya la hubiese visto, y nos pudiera advertir del instante oportuno para asomar la cabeza y descubrir su aspecto de una sola ojeada. Yo tuve la fortuna de ser avisado á tiempo por uno que me dijo:—Ahí tiene Vd. á Toledo.—Salté hácia la ventanilla, y dejé escapar una exclamación de asombro.

Toledo se alza sobre una altura ríscosa y escarpada, á cuyos piés corre el Tajo describiendo amplísima curva. Desde el llano no se ven más que rocas y murallas de fortaleza, y más allá de los muros las cúspides de los campanarios y las torres. Las casas están escondidas; la ciudad parece cerrada é inaccesible, y mejor que de ciudad ofrece el aspecto de gran roca abandonada: desde los muros á la orilla del río no hay ni una casa ni un árbol; todo es desnudo, seco, yermo y ríscoso; no se encuentra ánima viva: se diría que para subir es necesario andar á gatas, y parece que á la primera aparición de un hombre so-

bre aquellos derrumbaderos, ha de caerle encima de lo alto de los muros una tempestad de flechas. Bajais del tren, os meteis en un carruaje, llegais á la embocadura de un puente: el famoso puente de Alcántara que cabalga sobre el Tajo, y tiene una hermosa puerta árabe en forma de torre, la cual le da un aspecto atrevido y severo. Pasado el puente os hallais con un gran camino que sube en anchas curvas hasta la cúspide de la montaña. Allí os parece estar propiamente bajo una ciudadela de la Edad Media, y andar vosotros mismos cubiertos de las vestiduras de un árabe ó de un godo ó de un soldado de Alfonso VI. Por todas partes penden sobre vuestra cabeza rocas salientes, muros derribados, torres y lienzos de antiguos bastiones, y más arriba la última cerca de la ciudad, negra, rematada por almenas enormes, abierta aquí y allí por grandes brechas, tras de las cuales asoman las casas prisioneras: á medida que subís, os parece que la ciudad se contrae y esconde. A mitad de la cuesta está la Puerta del Sol, una joya de arquitectura árabe, compuesta de dos torres almenadas que van á juntarse sobre graciosísima puertecilla de doble arco, bajo la cual pasa el camino antiguo, y desde donde mirando hácia atrás se descubren el Tajo, la llanura y los montes. Seguí adelante, encontráis otros muros y otras ruinas, y finalmente las casas de la ciudad.

¡Qué ciudad! Me quedé sin aliento en los primeros instantes. El carruaje había penetrado en una callejuela tan estrecha que los cubos de las ruedas tocaban casi las paredes.

—Pero, ¿á qué pasais por aquí?—dijo al cochero. El cochero se echó á reir y me contestó que no había otra calle más ancha.

—De modo que toda Toledo está hecha así?—volví á preguntar.

—Toda.

—¡Imposible!

—Ya lo verá Vd.—Añadió.

La verdad es que no lo creía. Bajé á la puerta de una fonda, eché en una habitacion cualquiera mi maleta, y tomé escalera abajo corriendo para ver aquella extrañísima ciudad. Un mozo de la fonda me detuvo á la puerta, y me preguntó sonriendo:

—¿A dónde va Vd., caballero?

—A ver Toledo—respondí.

—¿Solo?

—Solo. ¿Por qué no?

—¿Pero ha estado Vd. aquí otras veces?

—Nunca.

—Entonces no puede Vd. ir solo.

—¿Por qué?

—Porque se perderá Vd.

—¿Dónde voy á perderme?

—En cuanto salga.

—No veo el motivo.

—El motivo está aquí;—respondió, señalándome un plano de Toledo pegado á la pared.

Me acerqué al plano y ví un laberinto de líneas blancas sobre fondo negro, semejantes á los garabatos que hacen los chiquillos en la pizarra para consumir el yeso á despecho del maestro.

—No importa, dije,—quiero ir solo. Si me pierdo ya me encontrarán.

—No dará Vd. cien pasos,—observó el criado.

Salí y eché por la primera calle, tan estrecha que, abriendo los brazos, tocaba entrambas paredes. Habría dado cincuenta pasos cuando hallé otra calle más estrecha que la primera, y despues de ésta otra, y así sucesivamente. Me parecía andar, no por las calles de una ciudad, sino por los ámbitos de un edificio: seguía adelante con la idea de encontrar un lugar abierto. Es imposible—pensaba,—que toda la ciudad esté hecha del mismo modo: no se podría vivir en ella. Pero, á medida que avanzaba, parecíame que las calles fuesen más estrechas y más cortas; tenía que doblar esquinas á cada paso; tras de una calle en curva, venía otra en zig-zag, y tras de ésta otra en forma de gancho, la cual me llevaba de nuevo á la primera; giraba largo rato en medio de las mismas calles. Iba á parar de cuando en cuando á una encrucijada de varios callejones que escapaban en direccion opuesta, y éste se perdía en la oscuridad de un pórtico, aquél se acababa en la pared de una casa, el otro descendía como para internarse en las entrañas de la tierra, el de más allá se elevaba por áspera subida: algunos tan estrechos que apenas podían dar paso á un hombre; otros apretados entre edificios altos, que solo dejaban aparecer una tira de cielo entre tejado y tejado, con pocas ventanas de reja, grandes puertas cuajadas de clavos, y portales angostos y oscuros. Anduve un rato sin encontrar á nadie, hasta que salí á una de las calles principales, toda flanquea-

da de tiendas y llena de hombres, mujeres y muchachos; pero poco más ancha que un corredor ordinario. Todo es proporcionado á la calle: las puertas parecen ventanas; las tiendas nichos; se ven desde fuera los secretos de la casa: la mesa preparada, los niños en la cuna, la madre que se peina, el padre que se muda de camisa. Todo está en la calle; no semeja una ciudad, sino una casa habitada por numerosa familia. Doy vuelta á una calle menos concurrida: no se siente el ruido de una mosca; mi paso resuena hasta el cuarto piso de los edificios; alguna vieja se asoma á la ventana. Pasa un caballo y parece que pasa un escuadron; todo el mundo se asoma á ver lo que sucede. El rumor más ligero se oye en mil partes: un libro que se cae al suelo en un piso segundo, un viejo que tose en un portal, una mujer que se suena las narices no sé dónde: se oye todo. A lo mejor cesa de pronto el ruido, os encontrais solos, y no se descubre el más mínimo signo de vida: son casas de brujas, encrucijadas de conjuracion, callejones para traidores, portales para delincuentes, ventanillas para coloquios de adúlteros, puertas siniestras que hacen sospechar escaleras manchadas de sangre. Mas no hay con todo en este laberinto de calles dos que se parezcan; cada una tiene algo suyo propio: aquí un arco, allí una columna, más allá una escultura. Toledo es un emporio de riquezas artísticas, donde con solo arañar las paredes se descubren en cualquiera parte recuerdos de todos los siglos: bajo-relieves, arabescos, ventanas moriscas, esculturas. Los palacios tienen puertas con láminas de metal cincelado, llamadores

historiados, clavos lo mismo, escudos y emblemas, y forman gracioso contraste con las casas modernas pintadas de guirnaldas, medallones, amores, urnas y animales fantásticos. Pero estos embellecimientos no quitan nada al aspecto severo y triste de Toledo. Donde quiera que se tienda la vista, hay algo que recuerda la ciudad de los árabes; por poco que vuestra imaginación trabaje, logra recomponer el cuadro medio borrado, con las ruinas esparcidas aquí y allá, y la ilusión es entonces completa; volveis á ver la gran Toledo de la Edad Media; olvidais el silencio y soledad de sus calles. Sin embargo, es una ilusión de pocos instantes, después de los cuales se cae nuevamente en triste meditación, y no se vé sino el esqueleto de la ciudad antigua, la necrópolis de tres imperios, el sepulcro que guarda la gloria de tres pueblos. Toledo recuerda aquellos sueños juveniles que siguen á la lectura de leyendas novelescas. ¿Quién no ha visto muchas veces en estos sueños ciudades oscuras, rodeadas de fosos profundos, de murallas altísimas, de rocas inaccesibles? ¿Quién no ha pasado sobre aquellos puentes levadizos, y entrado en aquellas calles tapizadas de hierba y tortuosas? ¿Quién no ha aspirado aquel aire húmedo de cárcel y de tumba? Pues bien, habeis soñado Toledo, todo el mundo lo ha soñado.

Así que se ha gozado del aspecto general de la ciudad, lo primero digno de verse es la Catedral, considerada con justo título como una de las más hermosas del mundo: La historia de esta Catedral, si ha de seguirse la tradición popular, se remonta á los

tiempos del apóstol Santiago, primer obispo de Toledo, que designara el lugar donde se erigió; pero la construcción del edificio, tal como se admira hoy, comenzó en 1227 bajo el reinado de San Fernando, y acabó después de doscientos cincuenta años de trabajo casi continuo. El aspecto exterior de esta inmensa iglesia no es rico ni hermoso como el de la catedral de Burgos. Delante de la fachada se extiende una pequeña plaza, que es el único punto desde donde se puede abarcar con la vista gran parte del edificio; todo en derredor corre una callejuela, de la cual, por más que se esfuerza el cuello, apenas se ve otra cosa que el alto muro de piedra que cierra el templo como una fortaleza. La fachada tiene tres grandes puertas, que la una se llama del *Perdon*, la otra del *Infierno*, y la tercera del *Juicio*; flanqueándola se alza una hermosa torre terminada en bella cúpula octogonal. Por más que girando en torno del edificio se haya visto que es inmenso, aún al entrar se experimenta profundo asombro; luego vivísimo placer, que viene de aquella frescura, de aquella quietud, de aquella sombra suave, y de una luz misteriosa que penetrando por las pintadas vidrieras de innumerables ventanas se esparce en mil rayos azules, amarillos, rosáceos, los cuales parecen agitarse aquí y allá á lo largo de los arcos y las columnas como listas del arco iris. La iglesia está dividida en cinco grandes naves formadas por ochenta y ocho pilares enormes, cada uno compuesto de diez y seis columnas estriadas y apretadas como manojo de partesanas; una sexta nave corta en ángulo recto estas cinco, pa-

sando entre el altar mayor y el coro; la bóveda de la nave principal se alza majestuosamente sobre las restantes, que parecen encorvarse como para rendirle homenaje. La luz variada y el color claro de la piedra dan á la iglesia cierto aire de recogida alegría que templá el aspecto melancólico de la arquitectura gótica, sin quitar nada á su austera gravedad. Pasar de las calles de aquella ciudad á las naves de aquella Catedral, es como pasar de un sitio reservado á una plaza: se mira alrededor, se respira, y se vuelve á sentir la vida.

El altar mayor, queriéndolo considerar minuciosamente, exigiría tanto tiempo como la iglesia entera; es otra iglesia; una confusión de columnillas, de estatuas, de follaje, de adornos variadísimos, que resaltan á lo largo de los ángulos, se alzan sobre los arquivadros, serpentean en derredor de las hornacinas, sostienen uno á otro, se amontonan y se esconden, presentando en todas partes mil perfiles, grupos, relieves, dorados, colores y toda especie de artificiales hermosuras, las cuales ofrecen en conjunto el aspecto de una magnificencia llena de decoro y de gracia. Frente al altar mayor está el coro, dividido en tres órdenes de asientos maravillosamente esculpidos por Felipe de Borgoña y Berruguete, con bajo-relieves que representan hechos históricos, alegóricos y sagrados, y se considera como uno de los más insignes monumentos del arte. En medio, en forma de trono, está el sitial del Arzobispo; alrededor enormes columnas de jaspe; sobre los arquivadros estatuas colosales de alabastro; á los lados púlpitos enormes de

bronce con misales gigantescos, y dos órganos desmesurados, el uno frente al otro, de los cuales parece que va á salir un torrente de notas capaz de estremecer las bóvedas.

El placer de la admiración es turbado casi siempre en estas grandes catedrales por *ciceroni* importunos, que quieren á toda costa que os divirtais á su manera. Para desgracia mía tuve que persuadirme de que los *ciceroni* españoles son los más obstinados de la especie. Cuando á uno de éstos se le mete en la cabeza que habeis de pasar el día con él, negocio concluido. Podeis encogeros de hombros, no responderles, dejar que pierdan el aliento sin volver siquiera la cabeza, girar por cuenta vuestra como si no los hubiérais visto: todo es lo mismo. En un momento de entusiasmo, delante de un cuadro ó de una estatua, se os escapa una palabra, un gesto, una sonrisa: basta; ya estais cogido, sois suyo, sois presa de esta implacable *pieuvre* humana, que como aquella de Víctor Hugo, no deja á su víctima sino cortándole la cabeza. Estaba contemplando las estatuas del coro, cuando ví con el rabo del ojo una de estas *pieuvres* un vejete medio consumido, que se me acercaba á paso lento, de puntillas, como un sicario, mirándome con aire que queria decir:—Ya caiste.—Yo continué contemplando las estatuas; el viejo se me vino al lado, y púsose también á contemplarlas: luego, de repente, me preguntó:—¿Quiere Vd. que lo acompañe?

—No,—respondí;—no me hace falta.

Y él sin desconcertarse;